

A G U S T Í N   A R A G Ó N

**DISCURSO DE INGRESO DE  
ACADÉMICO DE NÚMERO**

**A LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA  
CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA**

**LEÍDO POR SU AUTOR EL 18 DE  
ABRIL DE 1952**

**C O N T E S T A C I Ó N  
DEL ACADÉMICO DE NÚMERO  
DON GENARO FERNÁNDEZ MAC GREGOR**

**M É X I C O**

**1952**



# DISCURSO



Al morir de mucha edad el apreciable Balbino Dávalos ascendí en la carrera de académico de la Lengua, en México: a numerario, y tengo el título de correspondiente de la Española, o de la Matriz.

Mi sillón es el número 15, el cual sólo dos compatriotas ocuparon antes: don José María Vigil y el difunto Balbino.

Me corresponde rememorar a estos autores ilustres. Voy a efectuarlo con íntima complacencia y brevemente.

Conocí a don José María en 1884, año de mi ingreso en la Escuela Nacional Preparatoria. En el siguiente lo oí discurrir sobre varias materias en juntas de Profesores de dicha Escuela. Más tarde fué mi examinador y mi catedrático de Filosofía. La atención sostenida que puse siempre a sus explicaciones, y el respeto con que objetaba yo algunos de sus sentires, determinaron que me llevase a su casa en unión de camaradas apreciables. Allí examinamos las mil páginas del Tratado de

Paul Janet, relativo a Ideología, Lógica, Ética, Derecho Natural, Economía Política, Teodicea e Historia de la Filosofía.

Fuera de la vida escolar traté a Vigil íntimamente en el INSTITUTO BIBLIOGRÁFICO, a cuyas juntas no falté una sola vez; lo cual, a tiempo que sólo él y yo concurríamos, determinó que me leyese sus MEMORIAS. Para mí fueron esas lecturas interesantísimas, por haberme dado a conocer estados sociales de provincia y personas a quienes ya trataba o había tratado, como el jurisconsulto Vallarta.

Leí todo lo publicado por nuestro académico. Me deleité en su Antología de los Poetas Mexicanos, y tengo por su obra magistral el valioso Prefacio que lleva. Pocas veces he visto un espíritu de justicia como el lleno de esplendores que allí se halla.

Su traducción de las SÁTIRAS de Persio, su Lope de Vega, su tomo de MÉXICO A TRAVÉS DE LOS SIGLOS y su REVISTA FILOSÓFICA me fueron familiares. Y cuando más lo admiré fué al conocer su labor prodigiosa de organización de la Biblioteca Nacional secundado de todo en todo, por el apreciable Conde de Ágreda. Merece de

nosotros y de sus compatriotas amantes de las letras los más nobles galardones.

A Balbino Dávalos lo conocí a raíz de su llegada a nuestra metrópoli, por su paisano y amigo Gregorio Torres Quintero. Me ocupó algún tiempo el estudio de sus producciones de humanista. Fué uno de mis jueces en la calificación de dos ensayos que presenté a los bien logrados JUEGOS FLORALES que promovieron los alumnos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia en 1902.

Con el motivo indicado me interrogó sobre mi pensamiento acerca del decadentismo poético, y sin tardanza repliqué: *lo tengo por absurdo*. Convinimos en nueva reunión y le di sorpresas. La primera fué demostrarle que conocía yo a fondo su poesía de nombre EL ULTIMO POETA; y la siguiente decirle que nada había yo comprendido de ella. Le comuniqué que gran mentor mío de primeras letras me enseñó a poner versos en prosa, a fin de cerciorarse él de mi comprensión de lo rimado.

Este ejercicio escolar que sólo en Jonacatepec, mi villa natal, he visto en práctica, lo enseña Alexander Bain en su ENGLISH COMPOSITION AND RETHORIC; y lo aplicaba el conocido gran psicó-

logo y acabado lógico en KING'S COLLEGE de la Universidad de Aberdeen en Escocia.

En EL ÚLTIMO POETA vi impresos por vez primera los verbos *serenizar* y *centripetar*, y la denominación de *supremo logaritmo al eviterno número*.

Agregué para no singularizarlo, que la misma obscuridad y el mismo hondo misterio había yo visto en composiciones de Rubén Darío, de Leopoldo Lugones, de Leopoldo Díaz, de Amado Nervo, de José Juan Tablada, y aun de Salvador Díaz Mirón.

Me he embebecido, en cambio, en la frecuente lectura del ENSAYO CRÍTICO de Dávalos que trata del HORACIO de don Joaquín D. Casasús; y deploro no haya escrito el PROEMIO que se le pidió para el tomo de poesías de don Ignacio Mariscal, pues tengo firmes bases para decir que habría sido supremo.

En 1907 con ocasión del Centenario del nacimiento del gran poeta norteamericano Longfellow, escribí y publiqué cumplido elogio del concienzudo juicio del vate susodicho que leyó Dávalos en la Biblioteca Nacional. Conoció a fondo nuestro compatriota nombrado a muchos poetas ingleses y de los Estados Unidos.

Más de cien de los académicos de esta Corporación me fueron o me son conocidos; y a todos les debo algo o mucho. Ipandro Acaico, por ejemplo, me enseñó que hojaldre volátil en nuestro idioma es el *vol au vent* de los franceses.

Reputo tal conocimiento por ingente dicha mía en mi existencia; no de otra suerte puedo calificar el haber saludado desde mi niñez a Joaquín García Icazbalceta y a José María Roa Bárcena.

Voy a permitirme hablar de uno de los máspreciados individuos de esta Academia: de don Rafael Ángel de la Peña, quien fué más de cuatro lustros Secretario Perpetuo en esta Casa. Lo elijo, porque fué *maestro de maestros*, pues adoctrinó en Latín al altísimo nombrado don José María Roa Bárcena y al insigne maestro Orteguita, el jurisconsulto modesto, humilde, que se llamó Rafael Ortega.

Conocí a Peñita, como respetuosa y cariñosísimamente le llamábamos sus alumnos, donde encontré al señor Vigil, en la Preparatoria; y fué maestro mío respetable en el INSTITUTO MONASTERIO. Mucho aprendí de él, de índole varia; y a su lado estuve en un social trance fuerte que tuvo y del cual salió gallardamente airoso. Me quiso y me distinguió; le debo estímulos a

mi cultura; en la Cámara de Diputados subía yo de la llanura a la montaña; donde él tenía su asiento, para escuchar su docta palabra y sentir el fulgor de su virtudes. Por él conocí a Donoso Cortés y a don Joaquín Arcadio Pagaza. EL PRÓLOGO de Peñita a los MURMURIOS DE LA SELVA de don Arcadio, es para mí su obra magna, pues en ella asciende a lo sublime. No exagero si digo que desde la noche de 1889 en que don Rafael me dió a conocer un discurso del Marqués de Valdegamas, por él muy bien leído, he recitado más de cien veces el magnífico trozo siguiente: “El Salvador de los hombres puso a la Magdalena debajo de su amparo; y cuando hubo llegado el día tremendo en que se anubló el sol y se estremecieron y dislocaron dolorosamente los huesos de la tierra, al pie de la cruz estaban juntas su inocentísima Madre y la arrepentida pecadora para darnos así a entender que sus amorosos brazos estaban abiertos igualmente a la inocencia y al arrepentimiento”.

Dije arriba que me quiso y me distinguió; lo ratifico. Por él y por el doctísimo padre filipense Francisco Labastida, también Académico de la Lengua, fui de examinador de Matemática, Cós-

mografía y Física al Seminario Conciliar Metropolitano.

A propósito de ésta, en 1904 me interrogó Peñita para saber si le dijeron la verdad al asegurarle que propuse y fué aprobada como texto en mi cátedra del Colegio Militar, obra de un jesuíta. Le respondí afirmativamente y le llevé luego mi ejemplar del libro de esa asignatura del religioso iñiguista Bonifacio Fernández de Valladares, distinguido catedrático de Física del Colegio de Oña en España, quien pidió a nuestro compatriota el apreciable ingeniero e hijo de Loyola Primitivo Cabrera, dibujase las estampas relativas, que son, agregó yo, de calidad primera.

Al devolverme el preciado libro, abrazándome me dijo: usted siempre es justo con todos. Lo cual me halagó en grado sumo.

Como lo había visto muchas veces en funciones de examinador, me preguntó mi sentir sobre el método que seguía él y acerca de las calificaciones que daba. Sin tardanza lo satisfice, del modo siguiente: es usted, al examinar, indulgente sin debilidades y calificador sin durezas.

No me excuso del mucho emplear la primera persona del Presente de Indicativo, porque me ampara de malévolas críticas la afirmación del justa-

mente afamado escritor chino Lin Yutang, aquella que dice: “Quien teme usar el yo en lo que escribe, no será jamás buen escritor”.

Uso el yo sin pecar de *yoísmo*, término creado acertadamente por nuestro difunto colega Joaquín Baranda: para individuar a políticos finchados por haber conocido maquiavelismos y dado ayuda a Robespierres.

El trance fuerte a que aludo lo provocó un ultramontano intransigente, faltando al respeto debido, que merecía por mil títulos, al ilustrísimo arzobispo Alarcón, maestro que fué de Peñita. El prelado respetable dió lección severa al provocador en decentísima y oportuna forma. Acompañé a mi maestro tras lo narrado, y le di consolación recordándole el epígrafe de la quincuagésima oda del tomo I del dulce Meléndez: Las penas y los gustos forman mezclados la tela de la vida.

No pocos embarazos tuvo Peñita por haber sido profesor en la Preparatoria cuando la dirigía don Gabino Barrera. Los catedráticos de esa Escuela se congregaban para almorzar juntos una vez al año; en uno de los almuerzos un profesor joven habló con intemperancia del Catolicismo, y al notar Barrera que don Rafael se apercebía para hablar, dijo: en la sactividades sociales la regla de buena

conducta ha de ser la trazada por el gran San Agustín: *En lo necesario unidad, en lo dudoso libertad y en todo caridad.*

Con recordación tan oportuna renació el espíritu cordial de los congregados.

Placía a don Rafael Ángel se le presentasen objeciones en la cátedra; y tanta era su insistencia en pedírmelas, aun en lo privado, que llegué a presentárselas. Le aterraba el pensamiento en su muerte; y no se confundía de pensar lo que sería la vida de un milenario que nació para ser de habla española, a tiempo que ésta fuese ya lengua muerta. Su terror venía al verse en el momento de comparecer ante la Majestad Divina; y como era de espíritu lógico, lo tranquilicé con enseñanzas tuyas, pues le dije: la consecución de la gracia y bienaventuranza eternas, la tiene usted bien ganada con sólo la longanimidad de que usted mismo ha dado muchas pruebas en su vida escolar y en la social. No he encontrado a humanistas compatriotas que hayan conocido la ciencia abstracta, exceptuado el señor Peña. En BOLETÍN que dirigí a partir de 1888 inserté estudios suyos notables: uno ACERCA DEL ORIGEN Y USO DE ALGUNOS TRATAMIENTOS; y otro, estrictamente científico, de nombre ESTUDIO FILOLÓGICO Y FONOLÓGICO DE

ALGUNAS LETRAS. Peritos en Acústica lo aplaudieron, y el Autor fué muy felicitado por su ciencia y su método explicativo. Antes de escribir estas líneas volví a leerlo y aumentó la nueva lectura mi admiración al Maestro. No cito pasajes sobresalientes, por no alargar este discurso; mas franquearé mi ejemplar a quien me lo pida.

Esa cultura científica suya motivó que se le pidiese dijera en acto solemne el Discurso de Instalación de la Academia Mexicana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Correspondiente de la Real de Madrid. Su pieza relativa a todos satisfizo, fué impresa y elogiosamente comentada. Y también determina tal saber su ingreso en la memorable SOCIEDAD HUMBOLDT en 1874; a la cual pertenecían cultivados talentos nacionales residentes en la metrópoli. Allí leyó valiosísimo estudio de su pluma llamado BREVES REFLEXIONES SOBRE LA LEY DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN LA PARTE QUE SE REFIERE A LOS ESTUDIOS PREPARATORIOS. En uno de los pasajes se anticipa a desmentir a calumniadores de la Escuela Nacional Preparatoria y de su ilustre fundador, en los autorizados términos siguientes:

“La homogeneidad de los cursos preparatorios para todas las carreras profesionales; el estudio

de las ciencias naturales y exactas más extenso y más profundo que el que han exigido leyes anteriores; la práctica de todos los métodos y artificios lógicos necesarios para descubrir en todas las ciencias los senderos que conducen a la verdad; el orden prescrito en la enseñanza de éstas, derivado del conocimiento íntimo que se ha tenido de su genealogía y parentesco; la medida en que se comunican, tan proporcionada a inteligencias tempranas que empiezan a nutrirse con ellas; la tendencia a la unión de los individuos que es la paz de los pueblos, por la unidad de la enseñanza preparatoria, cimiento de la prosperidad pública, y *el feliz consorcio de las ciencias con las humanidades*, son, en mi concepto, los caracteres distintivos de la ley vigente; son los más claros títulos de gloria, y al mismo tiempo los capítulos de acusación por parte de quienes le mueven una guerra desapiadada”.

Un autor de textos de Matemática le apabulló el sombrero de seda en la Plaza del Seminario, por no haber dado dictamen favorable a dichos textos. Soportó cristianamente la ofensa pública e inesperada. No tuvieron imperio en él ni los impulsos del orgullo ni las flaquezas de la vanidad.

Era pulquérrimo en todo. Una ocasión le oí in-

crepar a alumnos suyos en la clase de Español de la Preparatoria, donde también enseñaba Matemática, y la increpación concluyó así: ¡Por los cinco mil de a caballo! Como presencié el sucedido, pues fui a darle cuenta de un encargo que me dió; ya en la calle y con gran pena, me dijo: ¿qué habrá usted pensado de mí al oír los cinco mil? —Al punto lo tranquilicé con mi respuesta: pensé, le dije, en que se quedó usted muy corto, pues en mi tierra natal cinco mil diablos nos parecen pocos, o juego de niños, ya que decimos: *por los trescientos mil demonios*.

Su GRAMÁTICA es para mí un monumento durable como el bronce. La Real Academia Española, Vicente Salvá, Andrés Bello, Rufino José Cuervo y Rafael Ángel de la Peña dieron en el hito al resolver problemas de la enseñanza del Castellano.

Cuando don Rafael llevó a don Justo Sierra ejemplar de su expresado libro, exclamó el favorecido: ahora, sí voy a aprender la Gramática de mi Lengua.

Me parece que no yerro al haber elegido como tema de este discurso el que voy desarrollando, porque nada ilustra la teoría general del desenvolvimiento histórico de las sociedades humanas,

y el aserto de la evolución de nuestra especie, *mejor* que el acto de conocer a los agentes de aquel desenvolvimiento y de esta evolución, pues que este conocimiento real y efectivo nos da la visión clara de lo pretérito, con la gran ventaja de que aviva a par el sentimiento de la continuidad de las eras y de las edades, de las épocas y de las generaciones, y favorece el de la solidaridad necesaria.

Los hombres que trabajan, los escritores que deleitan y enseñan, los oradores que avasallan, los poetas que conmueven, los organizadores que coordinan, los sabios que investigan, los filósofos que resumen en síntesis, los ciudadanos que construyen, los estadistas que gobiernan, los profesores que ilustran, los héroes que luchan, los maestros que guían, los apóstoles infatigables, todos aquellos, en una palabra, que se singularizan en el pensamiento o en la acción, empezando por los más humildes y acabando con los más encumbrados o eminentes, son tipos selectos de la gran familia humana. Varía, como era de esperar, la importancia del sujeto; pero todos son factores en el hecho de la persistencia y desarrollo de los elementos de civilización de las sociedades.

La estimación efectiva de la obra de cada uno,

o lo que él haya allegado a la obra civilizadora, es la tarea del biógrafo concienzudo y diligente o del crítico imparcial y disertado. Cuando esa tarea se fundamenta en hechos reales y verdaderos, éstos por sí solos explican suficientemente la parte del cooperador en la suma del progreso humano. Así se estima bien la secuela histórica y se forman series conexas que facilitan el estudio de lo efectuado por todos nuestros mayores.

La fama común, la recompensa pecuniaria, la popularidad ruidosa, la dirección social, el renombre, las consideraciones sociales, etc., no son siempre para los más dignos ni para los dignos; circundan a toreros, cantadoras y bailarinas, pugilistas, bandoleros y destructores, y a pelotaris y a otros más. Los nombres que más suenan en las discusiones literarias y en los diarios gigantescos, no son a menudo los de verdaderos héroes y grandes santos, sino los de ídolos de tribus, muchedumbres o facciones que han menester encumbrar a alguien, muerto o vivo, para satisfacer ciertos fines asaz innobles. Mas los silenciosos apóstoles del progreso, nos dan, en cambio, la impresión *viva* de su carácter sintético o simpático, constructor u orgánico, creador o benéfico; y éstos son los que con su esfuerzo señalan la relativa importancia de los di-

ferentes movimientos sociales, de las distintas razas, de las muchas edades, de los diversos pueblos.

En respecto de recompensas pecuniarias y de lo subido e injusto de algunas de éstas, dice el escritor norteamericano A. Brisbane, al hablar del célebre pintor William Blake: “Si Blake pudiera levantarse de la tumba y ver las fabulosas sumas que se pagan a poetastros, malos novelistas, artistas de pega, autores teatrales adocenados y la catterva de ineptos que infesta al mundo, sin duda que el dolor y la sorpresa le volverían a causar la muerte”.

Las vidas de un Faraday, de un García Icazbalceta, de un Darwin, de un padre Secchi, de un Helmholtz, de un Virchow, de un Kelvin, de un Oliveira Martins, de un J. B. Dumas, de un Menéndez y Pelayo, de un Pasteur, de un Andrés Bello, de un Víctor Hugo, de un Miguel Antonio Caro, de un Tennyson, de un Jean H. Fabre, de una Concepción Arenal, de un Rafael Lucio, de un Carlos Calvo, de cien más de cada pueblo, serán siempre cautivadoras; atraerán al pensamiento, mantendrán en la virtud, estimularán a la meditación y alentarán al trabajo. No es posible ciertamente concordar en todas las apreciaciones; pero sí puede establecerse un criterio uniforme si se

excluye de la remembranza a todos los de acción disolvente, aunque sus hechos hayan sido más o menos útiles en un momento dado.

Los hombres más grandes, sobre todo en la acción, tienen abundantes caídas y penosas limitaciones; la conducta purísima o el continuo proceder intachable sólo se conciben en personas que se moviesen como autómatas, y de esta casta no los hallamos en los ejemplares de carne y hueso que conocemos del género humano.

Todo lo antecedente lo he tenido en cuenta siempre que he pintado vidas y descrito obras de ilustres varones. Jamás busco la uniformidad automática o mecánica; los límites me los impone la relatividad de tiempo y lugar; y la selección la ejecuto por los frutos de la obra, o cuando la pintura concreta de la evolución humana caracteriza un período, sin exclusivismos de escuela, sin rivalidades de ideas, atendiendo más que a los méritos y defectos personales a los resultados históricos comprobables o verdaderos.

Las vidas infecundas en bienes, ricas de daños, estériles en nobles sacrificios, infectas de maldades, son para apenarnos y para cubrirlas con el manto eterno del olvido; mas las ricas de amor a todo lo bueno y grande, puro y elevado, las de ac-

tividad creadora saludable, las pródigas de sus ricos tesoros individuales, las que nos compensan generosamente de las inútiles o dañosas, de la inactividad y de la vulgaridad de muchísimas, son las vidas luminosas que nos corrigen y no nos deforman, que sin fatigarnos nos llevan a las altas cumbres, que nos abren los brazos para alentarnos, que se ponen íntegra y tenazmente al servicio de los más santos anhelos, y los arrollan y los hacen sus esclavos; y son luego celebradas, comprendidas y admiradas.

Aquellos que no laboran para halagar a los que mandan, que no van en la cómoda y beneficiosa corriente de las ideas dominantes, erróneas o acertadas; que sientan doctrina pura o aplicada, sólida y sana, consciente y experimentalmente fundada; los de convicciones acendradas y de lealtad a toda prueba; los que se distinguen por la mesura de sus opiniones y su respeto a los adversarios; y los buenos a carta cabal, son los que autorizan con sus hechos sublimes la existencia de las presencias humanas.

Mis perfiles no los trazo para que sirvan de autoridad a nadie, son para recordar a quienes me han hecho grata la vida, son para pagar en parte deudas contraídas voluntariamente, son, para des-

serían punto menos que inaprovechados, si no tuviesen, para darse a conocer a los demás, el juego espiritual benéfico del bello estilo, que los hace florecer, que los lleva a fructificar copiosamente y con lozanía, que los dilata por todo el mundo instruyendo y dando a la par deleitosísimo esparcimiento; y porque las admirables cualidades del sabio, del docto y acabado profesor, del pensador original, del distinguido conferenciante, del filósofo profundo, del investigador abnegado, etc., lucen más con la prosa que atrae, con lo exquisito del léxico idóneo para la comunicación que enseña deleitando, ya que la seriedad más severa, y aun el exterior áspero y la rigidez más proverbial no riñen con la forma artística, ni con la risa oportuna, y menos todavía con la delicada sonrisa.

Las varias construcciones maravillosas de la evolución social son distintas, cada una tiene sus caracteres propios; pero todas están íntimamente unidas. Una de las más notables es la del lenguaje, formado por palabras que representan todas las sensaciones, todas las imágenes, todas las ideas abstractas y todas las relaciones inductivas y deductivas que resultan de las meditaciones; de manera que, los cultivadores de las ciencias que desdénan la propiedad en la expresión ignoran que

el empleo acertado de los vocablos tiene un papel tan importante en la vida espiritual como la formación de las construcciones mentales, pues que la condición necesaria para la eficacia de lo que se escribe o se habla es, que la relación entre un sonido y la imagen, la idea o la emoción que representa, *sea siempre constante*.

El lenguaje científico tiene una precisión matemática; y si así no fuese, habría una completa indeterminación en los procesos de la comunicación científica; por eso los libros, las lecciones, los opúsculos, los ensayos, los artículos, las exposiciones orales, los discursos, etc., de los dedicados a la ciencia, no sometidos a esas leyes regulares, a esa técnica severa, a la forma superior y normal, son un fracaso, aun cuando contengan valiosas creaciones de sus autores. Estos sólo son grandes, si se distinguen por la aptitud para expresar clara, bella y concisamente, desde los profundos pensamientos hasta las realidades más comunes, de tal modo que aun los espíritus vulgares perciban sin resquicio a duda lo que ni implícitamente había entrado antes en su entendimiento, lo que no concebían llegase a enriquecer su mente.

Puede un matemático o un músico que sólo manejen símbolos o signos, pasarse sin la filosofía

del estilo; mas para ser realmente comprendidos y admirados han menester no pasarse sin la filosofía del estilo de su simbólica lengua. El tema es tentador y vasto, sobre todo para advertir a los intonsos del idioma que no se escapa de buenas despotricando, sino con el estudio de los maestros del buen decir, de los autores de libros no desaliñados, y huyendo de frases de vulgar olorcillo. Y aquí termino esta parte con nueva y subidísima alabanza a mi inolvidable profesor don Rafael Angel de la Peña, que, me atrevo a creerlo, habría firmado a dos manos estas pobres, mas sinceras reflexiones; pobres, por ser mías.

De no menos importancia es el tema de las buenas maneras, que el presidente Lincoln miraba como una manifestación de superioridad de espíritu, en las cuales procuraba ahincadamente don Rafael Angel de la Peña imbuir a sus alumnos que de ellas carecían. Cuántas veces al ver lo mucho turbio y tosco de nuestra vida escolar y social que las afea, la falta de buena crianza, la material grosería que desdice tanto de nuestra cultura, grosería en la que ¡ay! se adelanta camino sin darse acaso clara cuenta de ello, y que reprueba la natural delicadeza de todo espíritu selecto; viene a mi memoria el afán incesante del profesor que retrato

en corregir la negación sistemática de toda educación esmerada, el naturalismo grosero, sucio y aflictivo; y al recordar sus esmeros para que sus discípulos fuésemos cultos, buenos, educados, me deleito en esas placenteras evocaciones y reminiscencias, me engolosino al saborear la miel pura de su frase y bendigo su nombre que me produjo tanto bien y tan hondo cariño. Lo mucho tosco y turbio a que me referí, recuerda a Espinosa Medrano en su *NOVENA MARAVILLA*, o cuando dice: "...malo es el cauterio quemando; peor es el cáncer cundiendo; perverso es el hipócrita; peor es el escandaloso; mejor nos estuviera la virtud fingida que el vicio descarado".

La moralidad consiste, si la suprema razón de los intereses del bien impera, si quienes dirigen son personas amigas y de bueno y bien asentado juicio, en hacer sistemáticamente lo que de modo espontáneo se ejecuta algunas veces y genera felicidad y virtud en los demás y en nosotros mismos. Colígese de estos principios que es preciso sea cada individuo iniciado en las reglas generales que le conduzcan con independencia al servicio activo de su prójimo; que le permitan desempeñar sus funciones en la vida colectiva en armonía de acción con sus propios aceptados deberes.

Hablaba don Rafael en la clase en diferentes tonos, casi siempre descendiendo; esto es, una frase larga la empezaba a decir en voz muy alta y la concluía débilmente; los galicismos, otros solecismos, los demás extranjerismos, las muletillas, los barbarismos y vulgarismos, todo lo que obsta a la ilación, las construcciones galicadas, las impropias por otras razones, etc., los corregía sin descanso; era intransigente en particular con los anacolutos, o sea la falta de cohesión entre dos frases sucesivas, dicha la primera sin pensar en la segunda o viceversa; y cuando incidíamos en ellos, nos decía que cambiábamos el giro porque no pensábamos en una cosa solamente, y sugería al colegial luego el plan coherente del caso.

Queramos o no, por la fuerza de las circunstancias, consciente o inconscientemente, vivimos gracias a los seres colectivos: familia, clase social a que pertenecemos y las demás clases sociales de la sociedad de que formamos parte, patria, género humano; y para ellos vivimos. La familia es siempre el ser colectivo inseparable, y hay, además de la establecida por lazos de sangre, las familias de vínculos de corazón, intereses y entendimiento: la escolar, la religiosa, la de la profesión, del arte u oficio, etc.

Solazarse con recuerdos en reuniones de coetáneos, es propio de viejos o de personas de edad madura, porque se siente con ellos, es decir, se opina con ellos y se participa de los sentimientos que todos los reunidos poseen; porque todos tienen participación directa en la herencia de los mismos maestros. De aquí nace en las congregaciones la ufanía por haber sido camaradas; la unión fraterna de dos o más personas; la devoción y el recogimiento con que el ánimo se entrega a la pintura de una época, a la realización de una obra, etc. Es un deber de hombres cultos vincular las luces a los esfuerzos sanos de la familia vernácula; así se educa para que los pueblos sean celosos de sus glorias; y éstos son los únicos que no andan a vueltas y son parte para cosas grandes.

Animado por estas ideas a trabajar con ahinco, lo mismo me entusiasma un benemérito de la patria que un compatriota benéfico con los pobres, útil para los desvalidos. Censurar algo de malo si a un tiempo se alaban prendas en el mismo sujeto, procediendo fundadamente en ambos casos, es verdadera crítica o juicio formado sobre una obra; crítica que falta a nuestras actividades mentales, que nos es menester para llegar a la estimación de nuestros propios elementos de valer y fijar los ojos

en las grandezas que realmente tenemos. Disentir de alguno no es para alejarse de él, ni para embarazarse en el trato social con él mismo, pues hacerlo es típico de aquellos que no florecen en sabiduría y en buena educación, y se gozan en las desuniones.

Se habla según el carácter de los héroes y el lugar en que se dicen las palabras; y una Academia debe ser, para los enamorados del estudio, no sólo una sociedad científica, literaria o artística, sino el refugio de las ideas elevadas y el centro de difusión de las mejores doctrinas. En tiempos de hondas crisis sociales y políticas, como aquellos en que ahora vivimos, incumbe a las Academias pugnar por la extensión de aquellas nociones que pueden ser para todos y que son favorables a los intereses de la sociedad entera; la Mexicana de la Lengua es, juzgada con rectitud, una de las de más prestigio en nuestra patria; y puede, por ser libre en el hablar y en sus acciones, y por estarlo de vicios, manifestarse al país noble en su actuación, u ocupada por el pensamiento de intruir con solidez en los temas de la conservación de nuestro idioma, tan capitales, que sólo los de la virtud pueden excederles en importancia. “Las Academias, decía el gran sabio químico español Carracido en Madrid el 16

de junio de 1924 en la Real Nacional de Medicina, no son, como injustas malevolencias propalan, albergues de gentes inactivas sólo atentas al culto idolátrico de sus personas; desempeñan la función de altos Cuerpos consultivos del Estado, y *son además centros propulsores de la cultura nacional, actuando siempre con la madurez de juicio que algunos despectivamente llaman académica, quizá dolidos por la saludable corrección impuesta a generosas pero infundadas exaltaciones.*”

Me paré a reflexionar en estas posibles buenas obras, con riesgo de parecer divagante, porque peligra, en el sacudimiento en que estamos, nuestra poca disciplina en el arte de hablar; de lo cual es elocuente prueba el quejarse a grito herido, no de padecer con las impertinencias sociales, sino de los calumniadores del buen decir, *algunos de los cuales son profesantes que estudiaron y tuvieron maestros eminentes.* Redoblar la vigilancia debe ser hecho continuo en todas las actividades; pues se reincide en la culpa con la misma facilidad con que se vuelve al estado primitivo en cualesquiera conocimientos.

Resuenan con loores estos muros cada vez que recordamos la vida y obra de los venerandos colegas que se señalaron en sus espinosas tareas. Sepul-

tarse en el indiferentismo es no estudiar sus vidas singulares y sus admirables obras; tejer una corona digna de ellos será continuar sus empresas y sacar al pueblo mexicano de la esclavitud de la ignorancia lingüística en que vive.

Sean mis últimas palabras un himno de alabanza a la Real Academia Española escrito por ella misma; y el cual voy a leer con fruición indecible y en pobre pago de lo mucho que le debo. Es el contenido en el tercer pasaje de su Prosodia; es de una música en que se aduna el sabio precepto con las más suaves y dulces melodías.

He aquí el Himno:

“Se dirigen exclusivamente a la inteligencia y al raciocinio la ANALOGÍA y la SINTAXIS, dándonos a conocer las partes componentes de la oración y adestrándonos en el modo de unir las y trabarlas, a fin de exponer con claridad y exactitud las ideas y pensamientos. Pero esta enseñanza y ejercicio vendrían a ser inútiles si no cuidásemos de pronunciar con distinción, exactitud y tono conveniente las voces, oraciones y períodos, de suerte que ninguna palabra pueda confundirse con otra, ni el sentido obscurecerse o desconcertarse por la viciosa colocación de pausas y acentos, haciendo desapa-

recer todo el vigor y hermosa variedad de los afectos que mueven nuestra alma. Dar a éstos su mayor viveza, energía, verdad y eficacia, valiéndonos de la buena elección y orden de las palabras, del atinado y sagaz empleo de las figuras, distribuyendo persuasiva y felizmente la materia del discurso y coordinando bien los argumentos y pruebas; emitir la voz, ya con suavidad, ya con fuerza, siempre con melodía, sonoridad y ritmo; buscar para el gesto y los ademanes la expresión más propia y adecuada, esto no corresponde a la Gramática, sino al arte de decir, al arte de hablar y declamar, a la Retórica. Saber presentar de la manera más bella las imágenes con lo selecto y exquisito de los vocablos, sujetos a medida y ritmo, a consonancia, asonancia o disonancia; causar deleite al oído, enardecido la imaginación y arrebatando nuestro espíritu; investigar los móviles y resortes por los cuales adquiere la palabra todo su poder y encanto, y dictar reglas para la artificiosa elección de las voces, distribución de los acentos y construcción singular de los períodos, tampoco es de la Gramática: todo ello y mucho más pertenece a la Métrica, y, sin embargo, la buena prosa, por llana y humilde que sea, tiene cadencia y ritmo especiales. Confunden, pues,

sus límites la Métrica, la Retórica y la Prosodia, hasta el punto de que los antiguos comprendían a las tres en la Gramática”.

AGUSTÍN ARAGÓN.